

antemano por vencida, y siendo este último partido el peor, se decidió la Rusia por el primero.

Advertí cuando menos lo esperaba, cierta arrogancia en las relaciones políticas de Petersburgo. Se negaron á la confiscación de efectos de contrabando, quejándose al mismo tiempo de que yo hubiese ocupado el país de Oldemburg; y como mis contestaciones fuesen correspondientes al tono que ellos usaban, y ni ellos ni yo teníamos sufrimiento, indispensablemente íbamos á venir á las manos.

Mi confianza en el buen resultado de esta guerra era grande, y yo lo fundaba en el plan que habia concedido, por medio del cual esperaba dejar terminada la dilatada contienda en que habia consumido mi vida. Me parecia además que llegados al estado en que nos hallábamos, los soberanos de la Europa no debian tomar parte directa en esta última guerra, porque nuestros intereses se identificaban. Por el contrario, la política de los principes debia inclinarse á mi favor, porque mi profesión no era ya la de destruir tronos sino la de afirmarlos. Yo habia vuelto á hacer formidable la dignidad de los reyes, en lo cual trabajé por su causa, y con mi alianza estaban seguros de reinar al abrigo de la guerra y de las revoluciones.

Esta política era de tal consideración, que creí en los soberanos bastante penetración para concebirla, y no desconfiaba de ellos. En efecto, ¿quién hubiera podido adivinar que seducidos por el odio que me profesaban, abandonasen el partido del trono, é introdujesen ellos mismos la revolución en sus Estados para ser tarde ó temprano las víctimas?

Calculé que la Rusia tenia demasiada extensión para poder entrar jamás en el sistema europeo que yo acababa de rehacer, y cuyo centro era la Francia. Se hacía preciso dejarla fuera de la Europa, para que no perjudicase la unidad de este sistema; era necesario dar á esta demarcación política, fronteras

bastante sólidas para resistir el peso de toda la Rusia; é indispensable reponer aquel estado en el lugar que ocupaban cien años antes.

Sólo la gran masa de mi imperio era capaz de intentar semejante acto de violencia política; pero creía que fuese posible, y el único medio de poner al mundo á cubierto de los cosacos. Para que tuviese efecto este plan, debía restablecer la Polonia sobre una base substancial, y batir á los rusos, para obligarlos á aceptar las fronteras que se iban á trazar con la punta de la espada. La Rusia hubiera podido sin deshonor firmar la paz que debiese establecer sus fronteras, porque nada hubiera tenido de afrentosa, respecto á que era un reconocimiento de su poder, y una prueba de temor por nuestra parte.

Colocado así por mis preocupaciones fuera de los radios de la economía europea, y separada de esta economía por trescientas mil guardias, la Rusia hubiera vuelto á la amistad de Inglaterra, y habría conservado su independencia política; y el modo de existir en su integridad; porque hubiera sido para nosotros tan extranjera como el reino del Tiber.

Nada habia más puesto en razón que este plan, cuya pérdida se echará menos tarde ó temprano; pues colocada la Europa por consentimiento mutuo, bajo un sistema único, y refundido sobre el modelo que pedía la disposición del siglo, hubiera ofrecido el más grande espectáculo que la historia ha descrito; pero la demasiada prevención obstruía los ojos de los soberanos que no podían conocer el daño donde verdaderamente existía, creyendo verlo donde no se hallaba el remedio.

Partí para Dresde. Esta guerra decidiría la cuestión que se disputaba desde veinte años á la fecha, debiendo ser la última, en el supuesto de que más allá de la Rusia se acababa el mundo. Nuestros enemigos tenian sólo un momento que aprovechar, y por eso intentaron hacer el último esfuerzo. La corte de Austria

principió por desorganizar mis planes acerca de Polonia, resistiéndose á devolverle lo que le había tomado, y yo me consideré obligado á guardarle consideraciones, cuya debilidad desbarató todos mis planes; porque desde el momento en que cedí en este punto me fué imposible abordar francamente la cuestión de la independencia de Polonia, viéndome precisado á dividir este país, sobre el que debía reposar la seguridad de la Europa. Por mi debilidad se disgustaron los polacos, y entraron en desconfianza, porque conocieron los sacrificaba á mi conveniencia. Advertí mi falta y me avergonzaba de ella, no queriendo ir á Varsovia donde nada tenía que hacer por el momento, ni otro partido que tomar, que el de librar en mis victoria sucesivas la suerte de aquella nación.

Sabía que la temeridad suele producir fruto, y discurrí que me sería posible lograr en una sola campaña lo que había pensado hacer en dos; esta celeridad me agradaba porque mi carácter había empezado á inquietarse. Me hallaba á la cabeza de un ejército que no tenía otros sentimientos que los de la gloria, ni otra patria que el campo de batalla. En lugar de asegurar mi territorio, y avanzar á golpe seguro, atravesé la Polonia y pasé el Niemen. Batí los ejércitos que se me opusieron, y marchando sin detención entré en Moskow. Esté fue el término de mis buenos sucesos, y debió haberlo sido de mi vida. Dueño de una capital que los rusos redujeron á cenizas, debí creer que este imperio se reconocía vencido, y que aceptaría las brillantes condiciones de paz que le propuse; pero entonces fué cuando la fortuna abandonó nuestra causa. La Inglaterra concluyó un tratado entre la Rusia y la Puerta, que dejó disponible el ejército de la primera. Un francés, que por casualidad había subido al trono de Suecia, hizo traición á los intereses de su patria, y se alió con sus enemigos, en la esperanza de cambiar la Finlandia con la Noruega.

El mismo trazó el plan de defensa á la Rusia, y la Inglaterra se opuso á que aceptase la paz. Yo estaba admirado de que se retardase su conclusión. La estación se avanzaba; y desde que me aseguré que no querían la paz, determiné la retirada. Los elementos la hicieron cruel, y los franceses adquirieron el mayor honor por la firmeza conque soportaron los reveses, acreditando que jamás pierden el valor sino con la vida.

Conmovido yo mismo con la vista de aquel desastre, tuve la necesidad de recordar que un soberano no debe jamás manifestar debilidad, ni doblegarse.

La Europa se hallaba más admirada de mis reveses que lo había estado de mis victorias, pero yo no debía equivocar su admiración. Acababa de perder la mitad de aquel ejército que había causado su terror y podían esperar vencer los restos, porque había cambiado la situación de la fuerza, debiendo prever que pasado el primer asombro, volvería á tener contra mí la constante coalición, cuyas voces de alegría resonaban ya en mis oídos.

No hay peor momento para hacer la paz que el de una derrota. Pero sin embargo el Austria, que se complacía en ver disminuido mi poder, pues se mejoraba la parte que tenía en mi alianza, propuso la paz, ofreciendo su mediación; pero tenía perdido su crédito.

Era preciso vencer de nuevo, y estaba seguro de lograrlo desde que advertí que la Francia participaba de mi opinión. Jamás ha presentado la historia un gran pueblo bajo mejor aspecto. Contristado por sus pérdidas, solo discurría el modo de repararlas; y lo consiguió en tres meses. Este hecho responde á la charlatanería de los hombres que no saben triunfar sino con los desastres de su patria.

Quizá me debe la Francia, en parte, la actitud que conservó en la desgracia; y si hubo en mi carrera un

momento que merezca el aprecio de la posteridad, debe ser aquel, por el trabajo que me costó sostenerlo.

De nuevo me presenté á la Europa para abrir la más formidable campaña. El enemigo se sorprendió de volver á ver tan pronto nuestras águilas. El ejército que mandaba era más belicoso que aguerrido, pero llevaba consigo el patrimonio de una dilatada gloria, y lo conducía al enemigo con confianza. Tenía que cumplir un gran deber, porque era necesario restablecer nuestro crédito militar, y emprender de nuevo la lucha que había estado cerca de terminarse.

Yo conserbaba todavía la Italia, la Holanda y la mayor parte de las plazas de Alemania, habiendo perdido muy poco terreno; pero los ingleses redoblaban sus esfuerzos; la Prusia nos hacía la guerra por insurrección; los Príncipes de la Confederación estaban prontos á marchar en socorro del más fuerte, y como yo lo era aun, seguían mis banderas pero con lentitud. El Austria procuraba conservar la dignidad de los neutrales mientras que corrían la Alemania sublevando los pueblos contra nosotros. Todo mi sistema se hallaba destrozado.

La suerte del mundo debía decidirla el acaso; porque no había plan determinado en parte alguna. Todo dependía de una batalla, y era la Rusia la que debía terminar la cuestión, porque se batía con grandes fuerzas y de buena fé.

Ataqué el ejército Pruso-Ruso batiéndolo tres veces, y como estas victorias desorganizaban los planes de los adictos á la Inglaterra, aparentaron abandonar los proyectos hostiles, y comisionaron al Austria para que me propusiera la paz.

Las condiciones eran tolerables en la apariencia, y muchos, puestos en mi lugar, las hubieran aceptado, porque no se pedía otra cosa que la restitución de las provincias Illyriennes, y de las ciudades Anseáticas; el derecho de nombrar soberanos independientes de

los reinos de Italia y Holanda; la retirada de mis tropas de la España, y la restitución del Sumo Pontífice á Roma. También debían haberme pedido que renunciase á la Confederación del Rhin y á la mediación de la Suiza, pero tenían instrucciones de ceder sobre estos dos artículos.

Mi opinión sin duda se hallaba muy debilitada, en atención á que después de tres victorias se tenía el atrevimiento de proponerme que abandonase unos Estados que los aliados aun no se habían determinado á amenazar.

Si yo hubiera consentido recibir la paz, el imperio se habría arruinado en menos tiempo que consiguió elevarse. Quedaba por este tratado todavía poderoso en el mapa, pero nada era en la esencia; y el Austria, había roto nuestra alianza en el mero hecho de haberse elevado á la dignidad de mediadora y unídose al enemigo.

El restituir las ciudades Anseáticas hubiera sido confesar que estaba en el caso de hacer devoluciones, y esto solo daría motivo para que todos hubiesen querido recobrar su independencia: colocaba la insurrección en los países reunidos, y abandonando la España daba vigor á todas las oposiciones, y sobre todo, deponiendo la corona de hierro, ponía también en compromiso la del imperio; razones por las que se convene que las consecuencias de la paz me eran siempre funestas, al paso que las de la guerra podían salvarme.

Es indispensable decirlo de una vez, eran demasiado grandes los sucesos y los reveses que marcaban mi historia para dar una suspensión á mis procedimientos. Era necesario que la revolución del siglo XIX se perfeccionase sin temor de retroceso, ó que se sofocase bajo montones de cadáveres. El resultado de esta cuestión tenía en expectativa al mundo entero. Si yo hubiera firmado la paz en Dresde, habría quedado in-

decisa, y me hubiera visto precisado á entablar de nuevo la guerra, principiándola cuando ya no era joven, y cuando tenía á mi cargo un imperio fatigado, á quien había prometido la paz, y que me censuraría el no haberla admitido.

Convenía mejor aprovechar el único momento en que el destino del mundo dependía de una sola batalla. y en el que hubiera quedado á mi disposición si la hubiese ganado.

Yo rehusé la paz, y como cada uno ve las cosas á su medida, el Austria no vió sino mi imprudencia, y creyó que era la ocasión favorable de unirse á mis enemigos. No me convencí de esta desunión hasta el último momento, pero me hallaba en el caso de soportarla, pues estaba hecho mi plan de campaña que debía producir un resultado decisivo.

El inconveniente de los grandes ejércitos es que el general no puede hallarse en todas partes. Mis manobras eran, á mi entender, las mejores que había combinado jamás; pero el general Vandamme abandonó su posición, y se dejó hacer prisionero, Macdonadl, creyendo ascender á mariscal del imperio, estuvo próximo á perecer en las invasiones del ejército contrario. El mariscal Ney se dejó francamente batir, y mi plan fué desbaratado en pocas horas.

Fuí batido, y determiné la retirada quedando todavía bastante fuerte para volver á tomar la ofensiva mudando de posición. No quería perder las ventajas de las plazas que ocupaba, pues con una sola victoria sería nuevamente dueño del Norte hasta Dantzick. Por el contrario reforcé sus guarniciones mandando se sostuviesen hasta el último extremo, y en esta parte ejecutaron mis órdenes.

Me retiraba lentamente con un ejército respetable; pero me retiraba y los enemigos me seguían engrosándose, porque nada aumenta los ejércitos como las victorias. Toda la enemistad que el tiempo había reu-

nido se sublevó de una vez. Los Alemanes querían vengarse de los males de la guerra, y el momento les era propicio, porque yo había sido vencido. La tierra producía enemigos, como lo tenía previsto, y los esperé en Leipsick en las mismas llanuras en que poco antes habían sido batidos.

Nuestra posición no era buena porque éramos atacados en semicírculo, y aun lo victoria misma no hubiera podido tener buenos resultados para nosotros. En efecto, tuvimos la ventaja el primer día, pero sin poder recuperar la ofensiva, siendo aquella una batalla sin efecto que era preciso volver á empezar. El ejército se batía bien, sin embargo de su laxitud; pero en aquel momento (por un hecho que la posteridad designará como quiera) los aliados que peleaban en nuestras filas volvieron repentinamente las armas contra nosotros, y fuimos vencidos.

Tomamos el camino de la Francia, pero una retirada tan larga no pudo hacerse sin desorden. La fatiga y el hambre hicieron perecer mucha gente. Los Bávares después de haber desamparado nuestras banderas, quisieron impedirnos volver á Francia. Los franceses pasaron sobre sus cadáveres, y entraron en Maguncia, costándonos esta retirada tanta gente como la de Rusia.

Nuestra pérdida fué tan grande que yo mismo me consterné de ella. La Nación se hallaba abatida, y si los enemigos hubiesen seguido su marcha, hubieran entrado con nuestra retaguardia en París; pero el aspecto de la Francia los intimidó, y permanecieron mucho tiempo en nuestras fronteras antes de atreverse á pasarlas.

No se trataba ya de la gloria, sino del honor de la Francia, y por eso contaba con los franceses; pero como no era ya dichoso, me sirvieron mal. No acuso de ello al pueblo, siempre pronto á verter su sangre por la patria: tampoco me quejo de traición, porque es más

difícil hacerla que lo que se cree. Solo acuso al desaliento, fruto ordinario de la desgracia, y del que no estuve exento. El hombre acobardado permanece indeciso porque nada ve delante de sí que sea bueno, y ninguna cosa tienen de peor los negocios que la indecisión.

Yo hubiera debido desconfiar de este abatimiento general, y proveer á todo por mí mismo; pero me confíe de mi ministerio lleno de terror, en el que todo se ejecutaba mal. Las plazas fuertes no estaban reparadas ni provistas porque no habían sido amenazadas por el espacio de veinte años. El celo del paisanaje ocurrió á este daño; pero la mayor parte de los comandantes eran viejos enfermos, que se hallaban destinados en ellas como por descanso de sus servicios militares. Casi todos mis prefectos eran tímidos, y solo pensaban en preparar la fuga en lugar de defenderse. Yo hubiera debido mudarlos á tiempo para no tener en los primeros puestos sino hombres intrépidos, si es que se encuentran entre los que tienen que perder.

Nada había pronto para nuestra defensa cuando los suizos entregaron á los aliados el paso del Rhin. Los enemigos, á pesar de su victoria, no se habían atrevido á abordarlo de frente, y avanzaron con cautela. Se hallaban asustados de marchar sin obstáculos sobre un país que creían sembrado de bayonetas, pero no encontraron nuestra vanguardia hasta Langres.

Entonces dió principio esta campaña demasiado conocida para que yo la repita, y que dejará un nombre inmortal á aquella pequeña porción de valientes que no desconfiaron de la salvación de la patria. Ellos me volvieron la confianza, y creí por tres ocasiones que nada era imposible con tales soldados.

Tenia todavía un ejército en Italia y fuertes guarniciones en el Norte; pero había poco tiempo para hacerla venir á nuestro socorro, siendo necesario vencer en el acto. La suerte de la Europa se hallaba concen-

trada en mí solo, y nada había importante sino el punto en que yo estaba.

Los aliados me ofrecieron la paz (tanto era lo que desconfiaban de conseguir ventaja); pero después de haberla rehusado en Dresde, no podía admitirla en Chatillon. Para hacer la paz era necesario salvar á la Francia, y volver á poner nuestras águilas sobre el Rhin.

Después de semejante tentativa nuestras armas hubieran sido tenidas por invencibles. Los enemigos hubieran temblado al aspecto del hado que me daba la victoria. Dueño aún del medio día y del Norte por mis guarniciones, una sola batalla me volvía mi preponderancia, y hubiera sido tan glorioso en los reverses como lo fuí en las victorias.

Este resultado se hallaba muy próximo, porque mis evoluciones habían tenido buen efecto. El enemigo estaba desalentado y sin tino; una conmoción general iba á acabarlo todo: faltándole solo un momento; pero mi pérdida estaba decidida. Un correo que tuve la imprudencia de dirigir á la Emperatriz, cayó en manos de los aliados, y vieron que estaban perdidos. Un corso que se hallaba en su consejo les dió á entender que la prudencia era más perjudicial que la audacia, y tomaron el único partido bueno que les quedaba, y que yo no había previsto, adelantándose y marchando sobre París.

Les habían ofrecido facilitarles la entrada; pero esta promesa hubiera sido ilusoria si yo hubiese puesto la defensa de París en mejores manos. Confíe en el honor de la Nación; pero cometí la necedad de dejar en libertad á aquellos que sabían carecían de él. Llegué muy tarde á su socorro, y esta ciudad, que no supo defender ni á sus Soberanos, ni sus murallas, había abierto las puertas al extranjero.

Acusé al general Marmot de haberme hecho traición; pero hoy le hago justicia. Ningún soldado ha

vendido la fé que debía á su país: en otra clase de gente se ha encontrado la perfidia, pero no fuí dueño de un primer movimiento de dolor, viendo firmada la capitulación de París por mi más antiguo hermano de armas.

La causa de la revolución se hallaba perdida, pues yo estaba vencido. No eran ni los realistas ni los cobardes, ni los descontentos, los que me habían destruido, sino los ejércitos enemigos; y los aliados eran dueños del mundo, porque ya no podía disputarles su imperio.

Yo estaba en Fontainebleau rodeado de una tropa fiel, pero poca numerosa. Aún hubiera podido probar con ella la suerte de los combates, porque era capaz de acciones heróicas; pero la Francia hubiera pagado muy caro el placer de esta venganza, adquiriendo el derecho de acusarme de sus males: y me sometí, porque no quise que ella me imputase otra cosa que la gloria á que había elevado su nombre.

Me propusieron la abdicación, y conceptué que era una necesidad, respecto á mis intereses, pues había abdicado desde el día que fuí batido; pero pudiendo servir esta fórmula algún día á mi hijo, no dudé en firmarla.

Un partido numeroso deseaba que este niño subiese al trono para conservar la revolución con mi dinastía, pero era imposible: los mismos aliados no podían escoger, y se veían obligados á colocar en él nuevamente á los Borbones. Cada uno se atribuía la gloria de haber sido el móvil de su vuelta al trono, pero á nadie se debía sino á la necesidad, pues era una consecuencia inmediata de los principios porque se había combatido hacia veinte años. Cuando recibí la corona puse los derechos del trono bajo el amparo de los pueblos, y restituyéndola á los Borbones, la ponía bajo la protección de los soldados dichosos. Este era el único modo de extinguir para siempre el fuego revoluciona-

rio; y el llamar cualquier otro Soberano para reinar en Francia, no hubiera sido otra cosa que sancionar solemnemente la revolución, ó un hecho de insensatez contra los derechos de los Soberanos.

Diré más: la vuelta de los Borbones era una felicidad para la Francia, porque la libertaba de la anarquía, y le prometía el reposo, asegurándole la paz. Esta era indispensable entre los aliados y los Borbones, pues con ella se protegían mutuamente, y la Francia no era complice en esta paz, porque no se trataba de su utilidad, sino de la familia que convenía á los aliados poner en el trono. Este era un tratado con el que se quería agradar á todos, y el mejor modo de que la Francia se pudiese escusar de la mayor derrota que una Nación guerrera ha podido jamás experimentar.

Yo era prisionero, y esperaba ser tratado como tal; pero sea por la especie de respeto que inspira un antiguo guerrero, ó por el espíritu de generosidad que ha dirigido esta revolución, me propusieron que escogiese un asilo. Los aliados me cedieron una isla y un título, que consid'aron tan nulo el uno como el otro. Me permitieron (y en esta parte su generosidad fué muy noble) llevar en mi compañía un pequeño número de aquellos soldados viejos que habían corrido conmigo tantas fortunas, y algunos de aquellos hombres á quienes la desgracia no desalienta.

Separado de mi esposa y de mi hijo, contra todas las leyes divinas y humanas, me retiré á la isla de Elba sin ninguna especie de proyecto para lo sucesivo. Quedé reducido á un mero espectador del siglo, pero sabía mejor que ningun otro, en que manos iba á caer la Europa: sabía además que ella sería conducida por acaso, y que los efectos de este acaso podían volverme á poner en juego. Sin embargo, la impotencia de contribuir á él me impedía formar planes, viviendo en la historia como un extranjero, pero la marcha de los acontecimientos se precipitó más que lo que yo creía, y me

sorprendieron en mi retiro. Recibía los diarios que me instruían del pormayor de los negocios, y al través de sus mentiras procuré conocer el verdadero espíritu de las cosas.

Me pareció que el Rey había descubierto el secreto de nuestro siglo, conociendo que la mayoría de la Francia quería la revolución: que sabía por la experiencia de veinte y cinco años que su partido era muy débil para resistir á la mayoría que acaba siempre por dar la ley; siendo indispensable para reinar que lo hiciese de acuerdo con la misma, es decir, con la revolución, y que para no ser revolucionario, rehiciese de nuevo dicha revolución en fuerzas del derecho divino que le estaba conferido.

Esta idea era ingeniosa, pues hacía á los Borbones revolucionarios con seguridad de conciencia, y á los revolucionarios realistas, conservando sus intereses y opiniones. No debía pues haber más que un corazón y un alma en la Nación, y esto era lo que se repetía, pero no lo cierto

Sin embargo, se sacaba tanto fruto de esta combinación, que la Francia, bajo su régimen, hubiera florecido en pocos años, y el Rey hubiera resuelto con solo un rasgo de su pluma el problema porque yo había combatido veinte años, puesto que establecida la nueva economía política en Francia, la hacía reconocer sin contestación en toda la Europa. Ninguna otra cosa le faltaba para conseguirlo que el saberse gobernar.

Para llevar á efecto esta grande obra, el Rey había formado una Constitución, fundada en los mismos principios que lo están todas las demás, y que era excelente, porque lo son todas cuando se ponen en ejecución; pero como las constituciones no son más que hojas de papel, no tienen otro valor que el que les da la autoridad que se encarga de defenderlas, y en parte alguna de Francia existía esta autoridad. En lugar de reunirse en las solas manos que tenían su responsabili-

dad, dejó el Rey que se dividiesen entre todos los partidos que llevaban su nombre, y en lugar de ser el Jefe del Estado, se dejó constituir en Jefe del partido. Todo tomó en Francia un color faccioso, y se estableció la anarquía.

Desde entonces no hubo más que inconsecuencia y contradicción en todo el sistema de la corte, desmintiendo las obras á las palabras, porque en el fondo del corazón se quería otra cosa diversa de la que existía. El Rey había formado una Constitución para impedir que se la formase el pueblo, pero era evidente que pasado el primer momento esperaban los realistas destruirla paso á paso, porque no les acomodaba.

Solo se colocaron piedras angulares en el edificio del gobierno: se restableció la nobleza; pero no habiéndosele dado ni prerrogativas ni poder, no era Democrática porque era exclusiva, ni Aristocrática porque nada suponía en el Estado, de suerte que se había hecho un mal servicio á la nobleza restituyéndola sobre este pie, pues siendo ofensiva al pueblo se le dejaba espuesta sin darle armas para defenderse, y esta era una contradicción que debía atraer continuos choques.

Se quiso restablecer el estado eclesiástico, pero se escogió un obispo secularizado, para reparar el trono y el altar; se pretendió hacer olvidar la revolución, y resucitaron sus cenizas: se quería poner en movimiento la revolución del año de 89 con los realistas, y la contra revolución del 31 de Marzo con los ex-constitucionales, pero en ambas cosas obraron desacertadamente, porque no se hacen revoluciones sino con hombres que nacen con ellas, y por esta razón el Rey no debió haberse servido sino de jóvenes de veinte años: se pretendía sostener la revolución; y se envilecían sus instituciones, desanimando de este modo el cuerpo de la Nación que se había criado con ellas, y acostumbrado á respetarlas,

Conservaban mis soldados porque les tenían miedo

y se les pasaba revista por gente que hablaba de gloria, solo por haber saludado á los Cosacos.

Nadie tenia confianza en lo que existia, porque en ninguna parte se veia un punto de apoyo. No lo habia en los intereses porque se hallaban comprometidos; ni en las opiniones, porque estaban en continuo choque; ni en la fuerza, porque no habia á la cabeza de los negocios ni brazos, ni voluntad.

Yo estaba bastante bien informado de lo que pasaba en el Congreso de Viena donde se divertían en ridicularizarme. Supe á tiempo que los ministros de Francia habian decidido al Congreso á sacarme de la isla de Elba para desterrarme á la de Santa Elena, y me costó mucho trabajo el creer que el Emperador de Rusia hubiese consentido tan pronto en faltar á la fé, de los tratados, pues hice siempre mucho aprecio de su carácter; más convencido de la certeza, pensé en el modo de substraerme de la suerte á que se me destinaba.

Mis débiles medios de defensa bien pronto hubieran sido destruidos, y por eso debía probar el modo de adquirirlos mayores, para hacerme por segunda vez temible al enemigo.

La Francia no tenía confianza alguna en su gobierno: el gobierno tampoco la tenía en la Francia. La Nación conocía que sus intereses no eran los del trono, y que los del trono tampoco eran los suyos; siendo aquella una mutua traición que debería perder al uno ó al otro. Era ya tiempo de prevenirla, y concebí un proyecto que parecerá atrevido, pero que en realidad era muy puesto en razón.

Pensaba volver á ocupar el trono de la Francia. Por débiles que fuesen mis fuerzas eran mayores que las de los realistas, porque tenía por aliado el honor de la patria, que jamas se extingue en el corazón de los franceses.

Confiado en este apoyo pasé revista á la pequeña tropa á quien destinaba tan grande empresa. Los sol-

dados estaban mal vestidos porque no habia tenido con qué equiparlos, pero eran de corazones intrépidos.

Mis preparativos no duraron mucho porque solo llevaba armas, y opinaba que los franceses nos proveerian de todo. El coronel inglés que me custodiaba habia pasado á divertirse á Liorna, y me hice á la vela con buen viento.

Nuestra pequeña flota no padeció accidente alguno durando la travesia solo cinco días, al cabo de los cuales volví á ver las costas de Francia, cerca de la misma playa donde habian tomado tierra quince años antes, á mi vuelta de Egipto.

La fortuna parecia sonreírseme como antes, y como antes, volvía á aquel país de gloria para restablecer sus águilas y hacerlo independiente.

Desembarqué sin obstáculo, y me restituía á Francia desgraciado. Mi comitiva consistia en un pequeño número de amigos y hermanos de armas que habian participado conmigo de la fortuna y la desgracia; pero este era un nuevo motivo para adquirirse el respeto y el amor de los franceses.

Yo no tenía plan determinado porque solo poseia datos muy vagos sobre el estado de las cosas. Aguardaba mi decisión de los acaecimientos, y solo habia tomado algunos partidos para los casos probables.

Solo tenía un camino que seguir porque me faltaba punto de apoyo. Grenoble era la plaza fuerte más vecina, y marché hácia ella con la brevedad posible, porque quería saber á qué atenerme acerca de mi empresa. La acogida que tuve en mi marcha superó mis esperanzas, confirmando mi proyecto, y observé que la parte del pueblo que no se habia corrompido por pasiones ni por intereses, conservaba un carácter voronil, al cual ofendía la humillación.

Descubrí al fin la primera tropa que dirigieron contra mi; eran soldados míos y me adelanté sin te-

mor (tan seguro estaba de que no se atreverían á hacerme fuego). Ellos volvian á ver á su Emperador marchando á la cabeza de aquellos antiguos maestros de la guerra, que tantas veces les trazaron el camino de los combates.

Yo era todavía el mismo, puesto que les llevaba la independencia con mis águilas.

¿Quién no hubiera creído que los soldados franceses titubearían un momento entre los juramentos prestados de oficio bajo las banderas del extranjero, y la fé que habían jurado á aquel que venía á libertar á la patria? El pueblo y los soldados me recibieron con las mismas aclamaciones de alegría. Yo no tuve otro obsequio que estas aclamaciones, pero ellas valían más que los mejores aparatos, porque me prometían el trono.

Esperaba hallar alguna resistencia de parte de los realistas, pero me equivoqué: no me opusieron alguna y entré en París sin verlos, como no fuese en las ventanas. Nunca empresa más temeraria en la apariencia costó menos trabajo en su ejecución, y fué porque estaba conforme con el voto de la Nación, y porque todo se hace fácil cuando se sigue una opinión.

La revolución terminó en veinte días sin haber costado una sola gota de sangre. La Francia cambió de aspecto, y los realistas ocurrieron á pedir socorro á los aliados. La Nación vuelta en sí recobró su vigor. Era libre, pues acababa de hacer colocándome en el trono, el acto más grande de espontaneidad que pertenece á los pueblos. Yo no me encontraba en aquella situación si no por su elección, pues no la hubiera conquistado con mis seiscientos soldados. Ella no me temía ya como Príncipe, sino me amaba como su salvador. El tamaño de mi empresa había hecho desaparecer mis infortunios, y me había restituido la confianza de los franceses, siendo de nuevo la persona escogida por ellos.

Jamás el todo de una nación se ha espuesto á situación más peligrosa, con tanto abandono é intrepidez, sin calcular ni el peligro ni las consecuencias. El amor á la independencia inflamó á aquel pueblo, que la historia colocará con prelación á los demás.

Yo había rehusado la paz que me ofrecían en Chaillon, porque estaba sobre el trono de Francia y me hacía descender mucho; pero podía admitir la que acordaron á los Borbones, porque venía de la isla de Elva, y se puede uno detener al elevarse, y jamás cuando descende.

Creí que la Europa asombrada de mi vuelta y de la energía del pueblo francés, temería dar principio á la guerra con una nación cuya temeridad veía, y con un hombre cuyo carácter por sí solo, era más fuerte que todos sus ejércitos.

Hubiera sucedido así si el Congreso se hubiese disuelto, y hubiésemos tratado uno á uno con los Soberanos; pero su amor propio se acaloró porque estaban unidos, y fueron inútiles mis esfuerzos para mantener la paz.

Yo debiera haber previsto este resultado, y aprovechar el primer ímpetu del pueblo, para acreditar hasta qué punto éramos respetables, y el enemigo hubiera temblado de nuestro atrevimiento, cuando por el contrario no vió otra cosa que la debilidad de mi indecisión; y tenía razón, porque yo no obraba ya según mi carácter. Mi actitud pacífica adormeció á la Nación dejándola creer que era posible la paz. Desde entonces se perdió mi sistema de defensa, porque los medios de oposición eran inferiores á los riesgos.

Era necesario principiar de nuevo la revolución para adquirir los recursos que ella ofrece. Era indispensable excitar todas las pasiones para aprovecharme de su ceguedad, sin lo cual no podía salvar la Francia.

Yo hubiera podido arreglar esta segunda revolución

en los mismos términos que la primera; pero jamás he apreciado las conmociones populares, porque no hay brida que las detenga. y me engañé creyendo que se podían defender las Termópilas, cargando las armas en doce tiempos.

Quise sin embargo hacer una parte de esta revolución, como si hubiera dudado que nada valen las cosas á medias. Ofrecí á la Nación su libertad porque se quejaba de haberla perdido bajo mi primer reinado, y esta libertad produjo su efecto ordinario, pues dió á las palabras el valor de las acciones. La clase imperial se disgustó porque destruía el sistema á que estaban unidos sus intereses. El cuerpo de la Nación se manifestó indiferente porque apreciaba poco la libertad, y los Republicanos desconfiaban de mi proceder, porque no era conforme con el que hasta entonces me habían observado.

De este modo establecí yo mismo la desunión en el Estado. Bien lo conocí, pero contaba con la guerra para arreglarlo. La Francia acababa de levantarse con tanta valentía; había manifestado tanto menosprecio por lo futuro: su causa era tan justa (puesto que era el derecho más sagrado de las naciones) que yo esperaba ver tomar las armas á todo el pueblo por un solo grito de honor y de indignación; pero ya era tarde.

Conocía el peligro de mi posición; medía el ataque y la defensa, y observé que no guardaban proporción. Principié á desconfiar de mis recursos; pero no era el momento de decirlo. Por un accidente desgraciado me puse enfermo al aproximarse la última crisis. Me hallaba con el alma despedazada en un cuerpo mortificado.

Los ejércitos se acercaban. En el mío había voluntad y entusiasmo en el soldado, pero no en los Jefes que estaban fatigados, eran viejos, habían servido mucho en la guerra, y tenían terrenos y palacios. El Rey

les había dejado sus bienes y sus empleos, y venían como aventureros á arriesgarlos de nuevo conmigo, principiando su carrera, y por poco amor que tuviesen á la vida, nadie gusta pasarla dos veces: esto es mucho exigir de la naturaleza humana.

Partí para el cuartel general, solo contra todo el mundo, y probé á combatirlo. La victoria nos favoreció el primer día, pero nos engañó al siguiente. Fuimos vencidos, y la gloria de nuestras armas vino á morir en los mismos campos donde había nacido veinte y tres años antes.

Hubiera podido defenderme todavía, porque mis soldados no me hubieran abandonado, pero no se quería otra cosa que mi persona. Pedían á los franceses que me entregasen á los enemigos, y esto era pedirles una bajeza para obligarlos á batirse. Yo no valía tanto sacrificio, y debía hacer demisión, no quedándome tampoco otro partido que abrazar. Decidido á entregarme al enemigo esperaba que se contentarían con los rehenes que iba á depositar en sus manos, y que pondrían la corona en las sienes de mi hijo.

Era imposible colocar á este niño sobre el trono en 1814, pero la cosa me parecía conveniente en 1815. No digo los motivos: quizá el tiempo los descubrirá.

No dejé la Francia hasta que el enemigo se acercó al sitio de mi retiro. Mientras no hubo más que franceses alrededor de mí, quise permanecer en medio de ellos solo y desarmado, siendo esta la última prueba que podía ofrecerles de confianza y afecto. y el gran testimonio que daba de su lealtad á la faz del mundo.

La Francia respetó en mí la desgracia hasta el momento en que dejé para siempre sus riberas. Hubiera podido pasar á América, y llevar mi derrota al nuevo mundo; pero después de haber reinado en

Francia, no debía envilecer su trono buscando otra gloria.

Prisionero en otro hemisferio, nada tengo que defender sino la reputación que la historia me prepara. Ella dirá que un hombre á cuyo favor se declaró todo un pueblo, no debe ser tan escaso de mérito como lo pretenden sus contemporáneos.



DOLORES

